

Sebastián Buniva
Gabriela Molfese

(coordinadores)

El saber de la Psicomotricidad en primera persona

Entrevistas entre colegas



Dalla Molina de Costalat
Alexandrine Saint-Cast
Chantal Removille
Alfonso Lázaro Lázaro
Verónica Amor
Anne Marie Lapiere
Josefina Sánchez Rodríguez
Beatriz Loureiro
Lara Loureiro Chiminazzi
Begoña Suárez Riaño
Michelle Zarza
Cori Camps Llauredó
Natividad Castellani
Dayse Campos De Souza
Marcela Carta
Eduardo Costa
Pablo Bottini
Franco Boscaini
Tommaso Lavagnoli
Gérard Hermant
Juan Mila Demarchi
Joaquín Serrabona Mas
María Angélica Familume
Soledad Vazquez
Lone Frimodt
Ditte-Marie Post
Miguel Llorca Linares
Talia Morillo
Miguel Sassano
Matías Sotomayor
Gabriela Molfese
Paula A. Landen
Natalia Barrios Jirsa
Rita Thompson
Ceres Fassarella Carneiro
Gustavo Vasconcelos
Rui Roque Martins
Tatiana Gurovich
Sebastián Buniva

Colección

P
psicomotricidad,
cuerpo y **movimiento**

Director de colección
Pablo Bottini

Edición: Primera. Junio 2020

ISBN: 978-84-18095-18-4

Depósito legal: M-14047-2020

Código Thema: JMM [Psicología fisiológica y neuropsicología, biopsicología];
MQS [Fisioterapia]; YXA [Cuerpo y salud]

Lugar de edición: Buenos Aires, Argentina

Diseño: Gerardo Miño

Composición: Eduardo Rosende

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© 2020, Miño y Dávila srl / Miño y Dávila editores sl



Dirección: Tacuarí 540 (C1071AAL), Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

tel-fax: (54 11) 4331-1565

e-mail producción: produccion@minoydavila.com

e-mail administración: info@minoydavila.com

web: www.minoydavila.com

Twitter: [@MyDeditores](https://twitter.com/MyDeditores)

Facebook: www.facebook.com/MinoyDavila

Instagram: <https://www.instagram.com/minoydavila/>

Sebastián Buniva
Gabriela Molfese
(coordinadores)

El saber de la Psicomotricidad en primera persona

Entrevistas entre colegas

Dalila Molina de Costallat	Juan Mila Demarchi
Alexandrine Saint-Cast	Joaquín Serrabona Mas
Chantal Removille	María Angélica Familume
Alfonso Lázaro Lázaro	Soledad Vázquez
Verónica Amor	Lone Frimodt
Anne Marie Lapierre	Ditte-Marie Post
Josefina Sánchez Rodríguez	Miguel Llorca Llinares
Beatriz Loureiro	Talía Morillo
Lara Loureiro Chiminazzi	Miguel Sassano
Begoña Suárez Riaño	Matías Sotomayor
Michelle Zarza	Gabriela Molfese
Cori Camps Llauradó	Paula A. Landen
Natividad Castellani	Natalia Barrios Jirsa
Dayse Campos De Souza	Rita Thompson
Marcela Carta	Ceres Fassarella Carneiro
Eduardo Costa	Gustavo Vasconcellos
Pablo Bottini	Rui Roque Martins
Franco Boscaini	Tatiana Gurovich
Tommaso Lavagnoli	Sebastián Buniva
Gérard Hermant	

MIÑO y DÁVILA
EDITORES

Índice de contenido

Prólogo, *por Pablo Bottini*

Introducción, *por Sebastián Buniva y Gabriela Molfese*

Recuerdos de Psicomotricidad. Entre pinturas de mandalas y café

Entrevista a Dalila Molina de Costallat
por Gabriela Molfese, Miguel Sassano, Pablo Bottini y Sebastián Buniva

En Psicomotricidad hay tanto por descubrir

Entrevista a Alexandrine Saint-Cast,
por Chantal Removille

Psicomotricidad en España: presente, pasado y futuro

Entrevista a Alfonso Lázaro Lázaro,
por Verónica Amor

Formarse como psicomotricista relacional

Entrevista a Anne Lapierre,
por Josefina Sánchez Rodríguez

Un ejemplo profesional, ético y mi querida madre

Entrevista a Beatriz Loureiro,
por Lara Loureiro Chiminazzi

Huellas psicomotoras en México

Entrevista a Begoña Suárez Riaño,
por Michelle Zarza

Pensar la Psicomotricidad, traspasando fronteras...

Entrevista a Cori Camps,
por Natividad Castellani

Recorrido histórico, evolución y situación actual de la Psicomotricidad como disciplina en Brasil, junto a una de sus hacedoras

Entrevista a Dayse Campos De Souza,
por Marcela Carta

El pensamiento y la práctica psicomotriz en el contexto del Paradigma de la Complejidad

Entrevista a Eduardo Costa,
por Pablo Bottini

La Psicomotricidad en Italia

Entrevista a Franco Boscaini,
por Tommaso Lavagnoli

La Psicomotricidad francesa

Entrevista a Gerard Hermant,
por Juan Mila

El juego y la narrativa en Psicomotricidad

Entrevista a Joaquín Serrabona Más,
por María Angélica Familume

La Psicomotricidad que avanza y se expande

Entrevista a Juan Mila,
por Soledad Vázquez

Encuentros y desenvolvimiento: el valor de la comunidad psicomotricista

Entrevista a Lone Frimodt,
por Ditte-Marie Post

Aportaciones a la construcción de la Psicomotricidad desde la Macaronesia. Un camino plagado de amistad, aprendizajes y proyectos conjuntos

Entrevista a Miguel Llorca Llinares,
por Talía Morillo

Caminos recorridos en Psicomotricidad: experiencias, ideas y conceptos claves en relación al rol profesional

Entrevista a Miguel Sassano,
por Matías Sotomayor

La Psicomotricidad en Argentina y los nuevos paradigmas en el abordaje psicomotriz

Entrevista a Pablo Bottini,
por Gabriela Molfese

Encuentros en tiempos de inmediatez

Entrevista a Paula Landen,

por Natalia Barrios Jirsa

Los caminos de la regulación de la profesión del psicomotricista en Brasil

Entrevista a Rita Thompson y Gustavo Vasconcellos,
por Ceres Fassarella

Con los frutos de nuestros gestos, sembrando los destinos de la Psicomotricidad

Entrevista a Rui Roque Martins,
por Tatiana Gurovich

Preguntas de Psicomotricidad a través del Río de la Plata

Entrevista a Soledad Vázquez,
por Sebastián Buniva

Sobre los autores y entrevistados

DEDICADO A:

Romi, Elías y Joaquín, quienes son el sostén diario y el apoyo incondicional.

Sebastián

Tadeo, que con su llegada me enseñó sobre compromiso, disponibilidad y entrega absoluta.

Gabriela

AGRADECIMIENTOS:

A todos los que participaron de este proyecto editorial con la disponibilidad que los caracteriza.

A Pablo Bottini, quien nos alentó y habilitó a aventurarnos en este hermoso proyecto.

Prólogo

por Pablo Bottini

En estos momentos el lector tiene en sus manos un libro NECESARIO. Puede resultar exagerada esta afirmación. Pero no es así. Paso a justificarla.

En este libro el lector va a poder tomar contacto, EN PRIMERA PERSONA, con los artífices de la historia viviente de la Psicomotricidad.

Esos que escribieron y siguen escribiendo el devenir de esta práctica joven, impetuosa, que lucha día a día por imponer su valía. Por abrirse paso entre otras prácticas educativas y terapéuticas ya instituidas, con quienes mantiene en algunos casos un diálogo e intercambio fecundo, y en otros, compite por un campo común.

En todos los casos, y en cada lugar con sus características, más allá de lo que describo, una práctica que se afianza, de la mano de quienes, entre otros, aquí expresan sus opiniones y cuentan su derrotero. Opiniones que reflejan la diversidad y riqueza de la Psicomotricidad, que encuentra en estas páginas su expresión en cada apartado del texto.

Escriben aquí profesionales que encuadran su quehacer desde las orientaciones más clásicas de la Reeducación Psicomotriz hasta aquellos que se alinean en diversas concepciones de la terapia y la clínica psicomotriz. Profesionales que reflexionan acerca de su práctica fundamentando las mismas en posturas psicomotrices

clásicas, en algunos casos, pero otros, que la fundamentan en diferentes aportes del psicoanálisis y otras vertientes de la psicología.

Pero también, los hay entre quienes lo hacen desde la neurofisiología, la filosofía, la neurociencia, las concepciones basadas en el Paradigma de la Complejidad, solo por nombrar algunas de las bases nocionales presentes en este texto.

Entre los autores de las diferentes partes del mismo encontramos a formadores de psicomotricistas, directores de carrera, profesores, creadores de carreras universitarias, autores de textos de leyes que hoy rigen en su país la práctica profesional, conferencistas destacados, “políticos” de la profesión todos ellos, que en la mayoría de los casos, encarnan en sí más de uno de esos atributos a la vez.

Sin embargo, todos ellos, tienen en común algo que, justamente, los MANCOMUNA: la convicción de la valía del caminar juntos hacia el crecimiento de la Psicomotricidad. Por ello, están todos aquí, expresando y expresándose.

A los lectores con años de trayectoria profesional, este texto les brindará la oportunidad de redescubrir a muchos de sus colegas en facetas aún desconocidas.

A las y los jóvenes lectores, les abriré las puertas de un “mundo desconocido”, un espacio al que tienen la responsabilidad de fomentar para su crecimiento. Porque el futuro de la Psicomotricidad está escribiéndose hoy, y todos somos artífices de él.

Este libro está llamado a ser un hito fundamental de ese futuro.

Introducción

por Sebastián Buniva y Gabriela Molfese

Los psicomotricistas contamos con dos, de muchas, ventajas sustanciales cuando pensamos en nuestra práctica profesional: una es que la Psicomotricidad, tal como se menciona en el prólogo de este libro, está en permanente construcción y desarrollo, la segunda gran ventaja con la que nos vemos beneficiados es la generosidad que caracteriza a los líderes mundiales de la práctica psicomotriz a la hora de transmitir sus saberes y habilitar a la co-construcción de una modalidad de intervención que busca la especificidad de su quehacer en una formación constante e inacabada.

Todos ellos comparten un mismo destino, conducir la Psicomotricidad al éxito de construir y construirse en el recorrido, colaborando en el crecimiento y desarrollo de una profesión.

Allí es donde prima el espíritu de este proyecto editorial que hoy se materializa en un libro de importantes entrevistas entre colegas, con las más diversas posturas y líneas teóricas, con la misma relevancia en la construcción de una práctica cada vez más necesaria en las distintas etapas del ciclo vital.

La idea de este libro se originó en torno a la posibilidad de contar con referentes de la Psicomotricidad, que, entre otros, son artífices de la construcción de la práctica psicomotriz en primera persona. Pero, ¿cómo llegar a

semejantes referentes y líderes mundiales? Allí es donde aparece la generosidad de los grandes, al punto de saber guiar, dejar construir y habilitar a poder hacer camino al andar.

Haber contado con la generosidad de Pablo Bottini, nos permitió convocar a colegas nacionales e internacionales, con una amplia trayectoria académica y política en la Psicomotricidad. Con total humildad y sencillez nos habilitó libremente a la elección de los participantes de este libro, con quienes pudimos contactarnos y entablar diálogos con estos reconocidos psicomotricistas dando forma al proyecto.

Creímos desde el principio que este libro debía construirse y que coordinarlo sería una experiencia inolvidable, los intercambios de e-mails con personas que nos abrieron las puertas de sus historias de vida profesional nos dio la libertad de que cada entrevista sea única e irrepetible.

El lector se encontrará con entrevistas que ahondarán las experiencias de vida profesional y la co-construcción de una práctica, contada a colegas apasionados por la profesión. Además, brindará información sobre líneas teóricas, históricas y políticas de la Psicomotricidad.

Pero hay algo más interesante que nos convocaba a pensar en la relevancia que pueda tomar este libro, y es que tiene un principio obligatorio, la entrevista a Dalila Molina de Costallat, quien a sus noventa y siete años nos cuenta los “Recuerdos de Psicomotricidad”, detalles de cómo arribó la disciplina a la Argentina, sobre la obtención de su Certificado francés, firmado de puño y letra por

Julián de Ajuriaguerra en persona, además de otras particularidades en una entrevista sin precedentes a una verdadera pionera en Latinoamérica de nuestra tan querida práctica que nos dio una cita segura con la historia de la Psicomotricidad.

En este libro han participado prestigiosos y generosos profesionales, desde el rol de entrevistados y entrevistadores, procedentes de Argentina, Uruguay, Brasil, Chile, México, Portugal, Dinamarca, España, Italia y Francia.

Ahora bien, luego de cada hermosa y cálida entrevista el lector se encontrará con la posibilidad de elegir el orden de lectura de entrevistas y así hacer de este libro un proceso de búsqueda y encuentro con la historia viva de la Psicomotricidad en su saber más amplio y ecléctico. Es un libro con principio y sin final, o mejor expresado, el final que cada lector quiera construir.

Recuerdos de Psicomotricidad. Entre pinturas de mandalas y café

Entrevista a Dalila Molina de Costallat

por Gabriela Molfese, Miguel Sassano, Pablo Bottini y
Sebastián Buniva

A modo de Homenaje...

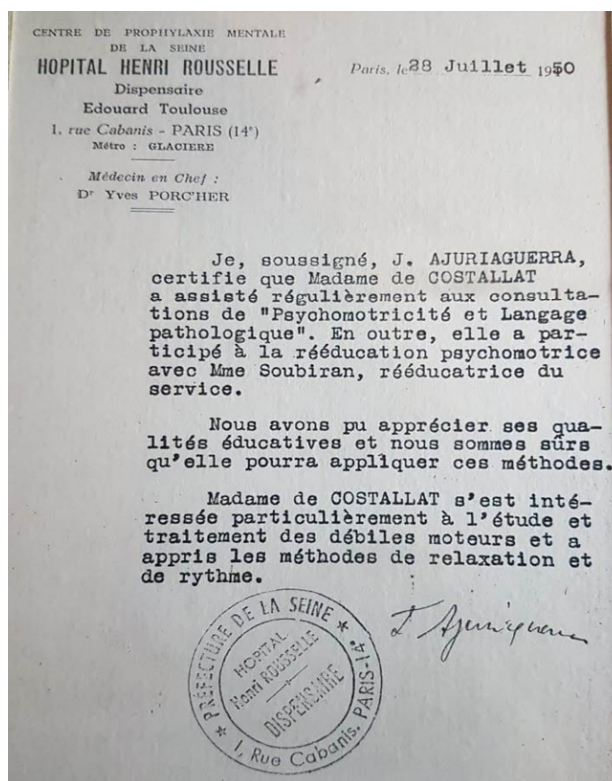


Foto del Certificado firmado por Julián de Ajuriaguerra

Recibimos una cálida y afectuosa bienvenida por parte de Enrique, su hijo, junto a su mujer María Esther y a Jonathan, nieto de Dalila, a los cuales queremos agradecer la posibilidad de

abrirnos las puertas de su casa para entrevistar a quien ha sido una pionera en el campo de la Psicomotricidad, tanto en Argentina y Latinoamérica.

Ellos nos contaron que Dalila nos estaba esperando y, efectivamente, al encontrarnos se entabló una charla muy amena donde se la vio muy distendida y feliz por la visita, intercambiando presentes: nosotros les llevamos unos libros de mandalas y ella nos regaló unos que ella misma pintó.

Solamente dejamos que iniciara la entrevista con lo que ella quisiera decir acerca de la Psicomotricidad. Y nos sorprendió gratamente cuando sentimos que nada teníamos que preguntar en un principio, pues ella sabía muy bien lo que tenía para decirnos y qué nos quería contar.

Dalila Molina de Costallat (DMC): — La Psicomotricidad nació en Francia y la base fue neurológica. Cuando había chicos con problemas que se acercaban, que eran de todo el cuerpo, ya que la Psicomotricidad es el desarrollo total, es decir, todo lo que corresponde a la marcha y el desarrollo anterior, en conjunto con la inteligencia.

El desarrollo del cuerpo, de la parte emocional y la inteligencia, son muchas cosas, y claro, es raro que uno desarrolle todo en forma uniforme, pareja. Entonces siempre hay una deficiencia, un desarrollo inferior en la parte del cuerpo, lo motor, pero la inteligencia sigue y lo emocional se moviliza mucho.

Entonces es lógico, cuando un chico no tiene un hogar que lo ayude a desarrollarse normalmente, empieza a tener desarreglos en un área o en otra, el asunto es saber cuándo hay desarreglos, ¿no? Porque probablemente sea la educación, sea el trato, sea la falta de amor, o mucho amor,

que a veces lo sobreprotegen; el asunto era saber cuándo había una deficiencia.

En París estaba el Dr. de Ajuriaguerra que era neurólogo, pero era mucho más que un neurólogo. Yo estuve mucho tiempo con él y sabía tanto que no podía decir, como podía abarcar todo eso.

Gabriela Molfese (GM): —*Dalila, ¿vos dónde vivías y a qué te dedicabas?*

DMC: —Yo estaba en Buenos Aires y acá trabajé en las escuelas diferenciales, con la Dra. Tobar García, quien inauguró la primera escuela diferencial en Argentina y Latinoamérica. Argentina, fue el primer país de Latinoamérica que la tuvo.

Ella sabía que yo había estado en Europa; era difícil llegar a ella, pero tenía una persona en el equipo que estaba en la escuela y que le hablaba de las cosas que yo hacía, y a ella le parecían raras.

Sebastián Buniva (SB): —*¿Cuáles eran esas cosas raras que dice que usted hacía?*

DMC: —En la escuela, un poco de todo. Iniciaba con la parte ligada al nivel mental del chico, trabajaba mucho movimiento de manos, la parte digital, la disociación, la asociación, los movimientos, todo eso. Eso, la gente lo fue comentando, los médicos venían a la escuela diferencial a observar y veían que había un trabajo distinto.

GM: —*¿Vos trabajabas como maestra?*

DMC: —Claro. Buenos Aires era famosa por la educación en toda América. Venían médicos del extranjero, venían a la escuela y me veían a mí.

GM: —*¿Cuántos años tenías, en ese momento?*

DMC: —Yo me recibí de maestra a los 17 años.

Miguel Sassano (MS): —¿*De Maestra Normal Nacional?*

DMC: —Sí, en Buenos Aires, en la escuela n° 5. Allí había suplencias y era muy difícil tener un cargo en la escuela. Así que, de suplencia en suplencia, fui teniendo cierta experiencia con los chicos normales.

A mí siempre me interesó el trabajo manual, por mi familia, toda mi familia siempre tuvo mucha destreza manual. Mi mamá pintaba, bordaba, dibujaba, hacía de todo; mi papá era marino, pero tenía mucha inclinación por todo lo manual. Teníamos una casa muy grande, mi papá tenía una habitación que era un taller, donde él hacía cositas para la casa, un banquito, una mesita, cosas así. Así que yo vi todo ese trabajo desde chica. Yo tenía un hermano mayor que ya falleció, que era muy hábil; él lo que hacía espontáneamente era arreglar cosas, mi casa estaba prolijísima, entonces yo tenía ese estímulo.

Seguí trabajando en escuelas comunes, y había empezado con la Dra. Carolina Tobar García que había inaugurado la primera escuela diferencial de América. No se podía llegar a ella, era una cosa muy alta. Como empecé tan temprano, trabajé muchos años en escuela diferencial.

Después me casé, tenía veintisiete años, mi marido era ingeniero. En ese entonces salió en el diario un aviso que Francia daba becas para hacer especialidades y ambos pedimos becas, él era industrial y quería especializarse, yo pedí beca en trabajo de manos. A ambos nos dieron becas, a él le dieron la beca que ofrece el país y a mí me dieron un apoyo que era para toda clase de estudios. Pero no me daban plata, así que fuimos con poca plata, nos casamos pronto, apurados y allí nos fuimos, en el año 1949.

Llegamos a París y nos alojamos en la ciudad universitaria de la Universidad de París, en el pabellón argentino de estudiantes, donde había toda clase de profesionales, sobre todo muchos médicos, con los que nos reuníamos a comer. Ellos me sugirieron ir al hospital “Henri

Rousselle”, el cual se encontraba muy cerca de donde estábamos alojados. Así fue como me enteré de que allí había un equipo de profesionales. Yo hablaba el idioma francés porque había estudiado en la escuela normal y también antes de viajar a Francia, además de hablar inglés que había aprendido mientras estudiaba el profesorado en letras. Me acerqué al hospital, buscando al profesor Julián de Ajuriaguerra. Al indicarme dónde se encontraba fui como a un consultorio, golpeé la puerta y él se encontraba en una gran mesa junto a profesionales de todo el mundo, gente de Inglaterra, Suecia, Noruega, etcétera.

Yo no sabía que él era reconocido, me preguntaron qué estaba buscando a lo que respondí que estaba allí porque me interesaba el “trabajo con las manos” y sus dificultades. Julián de Ajuriaguerra era español, y se interesó desde que me presenté ante él, porque nadie se acercaba allí interesado en esta temática y a estudiar e investigar en dificultades específicamente manuales. Todos se interesaban en el desarrollo del movimiento global.

El Dr. Ajuriaguerra hablaba español, por lo que me senté a su lado e inicié la asistencia como observadora en su equipo; él no tenía con quién dialogar en español, por lo tanto, conmigo sí lo hacía, y yo aprovechaba para preguntarle de todo. Allí pude ver todo tipo de patologías. Habían pasado tres años desde la finalización de la guerra, y allí se atendían todo tipo de problemas, del habla, del movimiento, de la marcha, personas que caminaban pero no corrían, otras que caminaban y corrían pero no saltaban, otros tenían habilidades manuales pero carecían de habilidades en la marcha.

El Dr. Julián me invitó a preguntarle todo aquello que me generaba interés, pero él quería que el diálogo fuera en idioma castellano, a lo que respondí que yo era “¡profesora de castellano!”. El Dr. indicó que asistiera los días lunes, martes y miércoles de 9 a 12 horas y los viernes y sábados

durante todo el día mañana y tarde. Allí pude observar todos los pacientes que acudían a él.

Como ya dije, había finalizado la guerra, por lo que atendía todo tipo de trastornos y atendía a niños desde los ocho años de edad. Tuve la posibilidad de observar mucho también.

SB: —*¿Usted solo observaba o Julián la dejaba participar desde otro rol?*

DMC: (Risas) —Yo permanecía muda y observaba. Me daba vergüenza participar. El Dr. Ajuriaguerra, un día me preguntó, “¿Usted qué hacía en Buenos Aires?”; respondí que trabajaba como docente y había hecho múltiples formaciones vinculadas con las actividades manuales, como pintar, bordar, etcétera, yo tenía mucha experiencia en el trabajo con mis alumnos en motricidad fina y ellos en Francia trabajaban con la motricidad global, por lo tanto se complementaba.

Yo había llevado todas mis carpetas, con todo lo que había hecho en mi país y me fui animando a la participación a medida que el Dr. Ajuriaguerra me iba preguntando, ¡le mostraba mi trabajo y él abría grande los ojos...!, mencionando que eso es lo que él quería para su trabajo en el hospital, maestros que trabajaran con todo aquello que yo le mostraba. Él me dijo: “Usted se sienta aquí a mi lado”, y yo ¡¡no me movía de ése lugar, ni loca!! Así que permanecí allí durante dos años, en ese tiempo pude aprender mucho, pero muchísimas cosas.

GM: —*Dalila, ¿cuál era la población que asistía a la consulta hospitalaria?, ¿qué franja etaria?*

DMC: —No asistían niños pequeños... el Dr. atendía aproximadamente desde los ocho años y atendía a adolescentes y adultos con todo tipo de patologías consecuencia de la guerra.

Por ejemplo, pude observar una persona que no veía porque no podía levantar los párpados, pero no había dificultad en el resto de la cara ni del cuerpo.

GM: —*¿En ese momento histórico ya se hablaba de Psicomotricidad?*

DMC: —No, él hablaba de Neurología y Anatomía; de Psicomotricidad no se hablaba.

Pablo Bottini (PB): —*¿Allí es cuándo usted conoce a Giselle de Soubiran?*

DMC: —Sí, fue allí. Giselle era una ayudante en el equipo del doctor.

GM: —*Igual que usted, ¿no es cierto?*

DMC: —Sí, solo que yo hablaba con el doctor en español. Le hacía preguntas y comentaba inquietudes en idioma español por lo que él estaba contento de poder dialogar en su idioma natal.

GM: —*Por lo tanto, Dalila, con tu incorporación en el equipo del Dr. Ajuriaguerra pudiste completar desde tu habilidad y experiencia con el complemento de la mirada global que allí se implementaba?*

DMC: —Claro. Allí, en un principio aprendí mucho de desarrollo global. También había integrantes del equipo que abordaban a los pacientes en modo individual, trabajando praxias finas, realizando trabajos manuales, etcétera. Luego solicité permiso para visitar escuelas. No era fácil, se debía solicitar permiso a diferentes autoridades, eran cinco autoridades distintas las que debían aprobar la visita, y te daban un determinado día y horario, por lo tanto tenía tal vez dos horas para visitar en determinada escuela, luego otra hora, por la tarde, en otra institución, alguna escuela me quedaba cerca, otras no. Fue muy difícil acceder, pero yo era muy inquieta e insistente.

SB: —*¿Y cómo fue la experiencia de trabajar con Giselle Soubiran?*

DMC: —Giselle era muy seria. Era una profesional que trabajaba muy bien, trabajaba con niños en modo grupal, yo la observaba y tomaba muchas notas sobre el abordaje. Yo anotaba todo, siempre estaba llena de cuadernos.

Tuvimos con Giselle una amistad distante. Ella no era amistosa con los integrantes del equipo, pero conmigo hubo amistad “distante”, yo supongo que era porque soy argentina y ellos nunca habían estado en contacto con personas de mi nacionalidad.

En el equipo me preguntaban cómo eran las escuelas de Argentina, cómo enseñaban, qué cosas se hacían. Aquí en Argentina había muy buena educación.

La escuela normal n° 5, de Barracas, donde yo me formé, que fue espléndida. La educación era mejor en nuestro país que en Francia.

En esa escuela realicé la escuela primaria y la secundaria, allí me recibí de maestra, luego estudié profesorado de literatura.

MS: —*¿Dónde estudiaste literatura?, ¿en el profesorado?*

DMC: —Sí, en el profesorado. Yo quería anotarme en la Universidad de Buenos Aires, para la carrera de “Filosofía y letras”. Mi papá se ofreció para ir a inscribirme; el día que fue a llevar los papeles a la universidad se encontró con un amigo docente, el cual le sugirió que no me anotara en una carrera universitaria porque luego de cursar algunos años, las mujeres contraían matrimonio y solían abandonar la formación. Sugirió que me anotara en un profesorado, por lo tanto mi papá me anotó en el profesorado de literatura. Cuando mi papá llegó a mi casa y me contó lo sucedido, ¡casi lo mato!, ¡porque era el último día para la inscripción! Inicialmente no quise cursar el profesorado, porque estaba muy enojada por no estar inscripta en la facultad, pero

luego se me pasó el enojo y cursé la carrera, ¡¡la formación fue muy buena!!

Nunca me arrepentí de haber cursado el profesorado, fue una formación excelente, había muchas materias de psicología que me gustaban mucho. Yo había aprendido el idioma francés en el secundario, y me tocó idioma inglés en el profesorado de literatura, yo estaba muy enojada, porque prefería continuar con el idioma francés, pero luego, cuándo viajé a Europa y tuve que ir a Inglaterra estuve muy agradecida.

GM: —*¿Qué hiciste en Inglaterra, Dalila?*

DMC: —Fuimos a Inglaterra con mi marido, porque en Francia, nos habíamos quedado sin dinero. ¡Fue una experiencia muy interesante! Nos habían avisado que en Londres había una recepción para extranjeros, recibían ex-estudiantes que buscaran perfeccionarse en sus profesiones. Nos recibieron en aquella residencia, pero con mi esposo estábamos separados, porque había un pabellón masculino y otro femenino. Estando allí el idioma aprendido en el profesorado fue fundamental. Yo tengo mucha facilidad para aprender idiomas.

GM: —*¿A Inglaterra fueron después de París?*

DMC: —Sí, después de París. En Inglaterra no me dejaron visitar ninguna escuela, estaba muy cerrado todo.

No era como en Francia. En Francia era difícil recibir la autorización, cuando la conseguías era para realizar la visita una única vez, pero luego de recibir la autorización me colaba, no iba solo una vez, aprovechaba que los porteros habían visto la autorización y continuaba yendo, era inquieta y metida. En las escuelas iba a observar cómo se desarrollaban las clases. Tuve la oportunidad de ver clases muy buenas y clases muy malas.

GM: —*¿Cómo se desarrollaban las clases?*

DMC: —Había un solo maestro en el aula que se encargaba de dar todas las clases. Veía cómo daban las clases de lengua, matemática, etc. Cuando me daba cuenta que el docente era bueno o malo enseñando, dejaba de asistir y observaba a otro en otra escuela, porque gastaba mucho en viaje, el traslado era muy costoso.

Tuve la oportunidad de visitar muchas escuelas. Los directores de las instituciones que daban o no la autorización para la visita se daban cuenta que una estaba realmente interesada en aprender, por lo tanto, me ofrecían la posibilidad de observar diversos grupos. En Francia, aprendí muchísimo, porque tanto el hospital como las escuelas son dos mundos muy diferentes.

En el hospital observaba los abordajes correctivos, reeducativos, y en las escuelas la parte pedagógica. Yo me metía en todas partes...

PB: —*Dalila, un día, en una charla telefónica, me contaste la anécdota de cuándo ayudaste a una maestra en su clase tocando el piano. ¿Nos la contarías, por favor?*

DMC: —Sí, claro. Resulta que una maestra de escuela tenía un trabajo muy lindo, muy complejo, trabajaba con la rítmica.

En Buenos Aires no se conocía, lo descubrí en Francia. Yo había estudiado piano, aunque no me recibí de profesora, me había recibido en técnicas de solfeo y teoría. Me interesaba mucho cuando veía que trabajaba con recursos musicales.

El día que observé esta clase, la maestra ocupaba ambos roles, tocaba el piano y luego intervenía con el alumno, haciendo sonidos rítmicos bucales. Le mostraba el ritmo al alumno con el piano, y luego iba y le agarraba las piernas, pero no tenía de fondo el ritmo sonando... por lo tanto me ofrecí para tocar el piano. Usted me dice lo que tengo que tocar y usted trabaja con los chicos... La profesora era la maestra del grado, allí los docentes tenían

una formación muy completa, no había diferentes profesores, un docente daba todas las materias. La profesora me indicaba, “toque acordes bajos”, ahora “toque acordes altos”, eran solo acordes, no era música.

SB: —*¿Cuándo se empezó a hablar de Psicomotricidad?*

DMC: —Es un recuerdo vago, no sé. El doctor Ajuriaguerra hablaba de Psicomotricidad. Estamos haciendo Psicomotricidad, decía. Yo lo miraba extrañada, porque él era neurólogo, y hacía de todo.

Él atendía tres pacientes cada mañana y trabaja una hora con cada uno. Veía cómo trabajaba la marcha, la carrera, el salto, el movimiento de las manos, etc. Veía todo lo que hacía. Él trabajaba con los pacientes, sobre el estudio que le hacía el equipo de profesionales. Todos se reunían alrededor de una mesa, él me pedía que me sentara a un lado, en ocasiones le consultaba sobre dudas o diagnósticos que no entendía, el Dr. se daba vuelta y me lo explicaba.

Me preguntaba qué cosas hacía en Buenos Aires, así que un día le mostré mis carpetas que siempre las llevaba conmigo, él estaba fascinado... ¡esto quiero que hagamos, dijo!, porque nadie usaba carpetas, y a partir de allí, todos empezaron a tener sus carpetas de trabajo. Aprendí mucho de aquella experiencia.

GM: —*Dalila, Julián de Ajuriaguerra te hizo un reconocimiento. ¿Qué escrito te entregó?*

DMC: —Yo estuve dos años en el hospital. Al momento de irme, le pedí alguna constancia, un escrito de haber estado presente en sus clases. “¡¡Cómo no!!”, me respondió. Julián hizo un escrito donde asentó las clases a las que asistí y las patologías que observé y las cosas que yo era capaz de hacer.

GM: —*¿Qué cosas, podías hacer?*

DMC: —Puso en el escrito que podía hacer re-educación y rítmica. Rítmica con el piano. La rítmica la aprendí allí. Cuando vine a trabajar a las escuelas aquí, no había nadie que trabajara con el piano. A través de la música instalábamos los ritmos, y la altura del sonido, el sonido hablaba, la altura baja eran pasos fuertes, la altura alta eran pasos suaves, la altura alta, baja, alta, baja, era suave, fuerte, suave, fuerte, era el piano el que hablaba, el profesional no daba órdenes, era todo musical. Los chicos progresaban mucho...

SB: —*O sea que usted vino a Argentina con ese certificado, ¿y qué pasó?*

DMC: —Sí, volví a Argentina, pero el diploma nadie lo miraba. Me inscribí en el Consejo Escolar.

MS: —¿En el Consejo Nacional de Educación?

DMC: —Claro. Me anoté y estaba habilitada en un listado larguísimo para poder ejercer en la docencia. Había que poner lo que uno sabía hacer, yo puse rítmica, nadie había puesto que trabajaba con “rítmica”, entonces me llamaron. Entré en la escuela n° 4, el título de “profesora en psicomotricidad, no existía”, entonces me pusieron “maestra especial de rítmica”.

Empecé a trabajar en los grupos con deficientes mentales, porque había estudiado para trabajar con niños con deficiencia mental, tenía certificado. Empecé a trabajar sobre lo que conocía, luego uno empieza a buscar variantes y van saliendo cosas nuevas, fue así como empecé a trabajar mucho. Venían los inspectores a visitar las escuelas, observaban el trabajo de los docentes, cuándo veían cómo trabajaba, se lo mencionaban a otro inspector, los otros inspectores venían a observar el trabajo, hasta que se enteró de mi modo de trabajo la Dra. Tobar García, que era una eminencia en América.

La doctora me mandó a llamar para preguntarme qué cosas hacía, cómo trabajaba con los niños en las escuelas. Al contarle, me respondió: “Usted tiene que trabajar conmigo” y me insertó en su equipo. Me sorprendió muchísimo, porque eran célebres los integrantes de su equipo.

La Dra. Tobar García me derivaba pacientes, ella sugirió que trabajara en modo privado en mi casa. Los primeros pacientes que tuve fueron derivados por ella, luego la doctora los citaba en su consultorio para evaluarlos y se comunicaba conmigo en modo telefónico para preguntarme cómo abordaba con los pacientes y con qué técnicas; yo le contaba el paso a paso, a lo que ella me respondía, “¡Ud. tiene que escribir!”. Me alentó para que yo hiciera mi primera publicación.

PB: —*El método que desarrollaste con todos los pasos para el aprendizaje de la escritura, ¿ese fue el primer escrito o vino después?*

DMC: —No recuerdo, porque luego del primer escrito, me di cuenta que era necesario continuarlo.

PB: —*Tus libros siguen impresos y la gente aún los lee.*

DMC: —¿¿Los usan todavía?? ¡¡No me digas!! Pero tienen cincuenta años...

PB: —*Para leer sobre la historia y la evolución de la disciplina. Hay muchos ejercicios de lo que usted propuso que los usamos, de otra manera, pero son los mismos ejercicios. Dalila, tengo una duda, ¿en qué hospital estaba la Dra. Tobar García?*

DMC: —No estaba en hospitales, ella trabajaba en modo privado. Ella era una eminencia, era reconocida en toda América. Cuando me veía, se paraba para saludarme, a mí me daba vergüenza y me decía “Usted es una gloria para el

país”, yo la miraba extrañada, me preguntaba si no me estaría confundiendo con otra persona.

Ella me enviaba para que trabaje con sus pacientes más difíciles. Cuando me derivaban un paciente, yo observaba determinada dificultad, le ofrecía un ejercicio que no estaba muy relacionado con esa dificultad, pero, un poco tenía que ver, por lo tanto elaboraba ejercicios, y otros, y otros, y así los chicos avanzaban.

Un día salió una publicación en el diario, porque iban a entregar premios para las propuestas educativas. Mi mamá lo leyó y me preguntó si no entraba en esa categoría. Le expliqué que yo trabajaba con Psicomotricidad, que no entraba en esa categoría. Mi mamá me pidió uno de mis libros para presentarlo en el concurso, luego de un tiempo me llamaron por teléfono para entregarme el primer premio. Había que ir a retirar el premio a la provincia de Santa Fe; mi marido me acompañó, el premio era un montón de dinero.

Al estar en un trabajo, van surgiendo otras propuestas. Un día me llaman para ir a trabajar en una escuela de educación especial, con niños deficientes mentales, la escuela n° 4. Me quedé allí veinticinco años. Era una escuela modelo, lo que yo proponía como abordaje con algunos niños se trasladaba a las otras escuelas.

MS: —¿Usted sabe cómo se llama esa escuela ahora?, ¡¡¡Se llama escuela Dra. Tobar García!!!

DMC: —Qué bueno, porque la doctora era conocida entre la gente de clase media alta, pero no era muy difundida. Era una pena, porque era muy buena profesional. Era una mujer muy sabia, aprendí mucho de ella. Yo asistía a sus conferencias, cada conferencia era una clase magistral. Ella me propuso aprender a dar conferencias: “Usted Dalila, no tiene que hablar, usted debe enseñar”, me decía.

Un día me llaman para dar clase de la Facultad de Medicina, mis temas eran de base pedagógica y psicológica; me habían pedido un determinado tema, pero no recuerdo cuál, no sabía qué cosas podía hablar que les fuera a interesar a los médicos.

Cuando daba la conferencia, veía que los asistentes anotaban y anotaban, en un momento paré de hablar y les pregunté qué estaban escribiendo. “Estamos aprendiendo”, me respondieron. “Por favor siga hablando”, me solicitaron los médicos.

Yo hablaba sobre la diferencia entre postura y posición, no tenían claridad sobre las diferencias mínimas de los movimientos, me pidieron que hablara sobre digitación, y les empecé a contar sobre la disociación digital, ejercicios con los cinco dedos, con cuatro, con tres, de un dedo con otro, ellos tomaban nota de todo. “Usted tiene que publicar todo esto que nos cuenta”, me decían. Hacía algunas publicaciones, pero tampoco tantas, estaba muy ocupada trabajando. A mí me interesaba muchísimo mi trabajo, por lo tanto leía mucho, leía de neurología, que era lo que me faltaba, por el profesorado sabía de psicología, pero me interesaba saber de neurología.

Poco a poco el abordaje fue tomando una orientación especial, porque no era educación física, no era música, aunque había música y movimiento, el abordaje era algo más que abarcaba esas áreas.

Un día me propusieron escribir un libro para plasmar estos saberes, y así fue como escribí un librito.

GM: —*¿Hasta qué edad trabajó en la escuela?*

DMC: —Trabajé muchos años en escuelas, porque ingresé muy joven. Iba a cumplir cincuenta y cinco años, cuando tenía veinticinco años de experiencia.

GM: —*¿Siempre trabajaste de maestra o tuviste cargos directivos?*

DMC: —Como maestra de grado trabajé muy poco. Cuando volví de París con la especialidad, me llamaban de las escuelas para abordar desde la especialidad, la base era la Psicomotricidad, luego venía el aprendizaje. Era muy linda la satisfacción de ver tantos niños corregidos, era efectivo el trabajo, era muy grato ver los avances.

PB: —*Dalila, ¿cuántas veces fuiste a París?*

DMC: —Fui muchas veces, porque iba a acompañar a mi marido. Al principio íbamos cada dos años. Él trabajaba en el ferrocarril, y se especializó en fundición en Francia. Al acompañarlo, yo tocaba puertas para poder formarme allí desde mi profesión y la verdad que en Francia siempre me trataron en modo excepcional.

PB: —*¿Y cómo fue que llegaste a Brasil? ¿En Brasil trabajaste mucho, no es cierto?*

DMC: —Los días sábados por la mañana daba clases en la universidad de El Salvador. Un día entran dos personas que se sentaron en el fondo del salón que no eran alumnos que había visto en otra oportunidad. A la semana siguiente veo que asisten a mi clase nuevamente, luego de un mes de asistir a las clases, uno de ellos me invitó a Brasil, para dar aquellas clases a las que ellos habían asistido.

No había en Brasil persona alguna que trabajara desde los métodos que yo utilizaba, me dijeron, y querían que fuera a dar conferencias. Me pidieron un presupuesto que aceptaron sin vueltas y fui. Me invitaron durante muchos años, a diferentes ciudades del país.

PB: —*¿En qué carrera dabas la materia de Psicomotricidad en la universidad de El Salvador?*

DMC: —No era una carrera, era una formación en Psicomotricidad. En la universidad le dieron la jerarquía de “especialidad”. Esta formación la ofrecí durante quince años.